



Agnès Szanto Feder

**Una mirada
adulta sobre el
niño en acción**

El sentido del
movimiento en la
protoinfancia

colección
fundat

EDICIONES CINCO

manera más específica a la motricidad. Quizás este capítulo resulte un tanto más complejo.

— el capítulo V está reservado a las conclusiones.

Desde su origen, cada uno de estos textos ha estado destinado al diálogo, a la discusión, a la reflexión, tanto en el seno de los equipos como en el contexto de diferentes situaciones educativas. Son *discutibles*, lo que significa que se puede estar de acuerdo o no; que se puede negarlo o, por el contrario, ampliarlo y enriquecer las ideas enunciadas. Mi ambición es continuar suscitando la reflexión.

CAPÍTULO I

MOTRICIDAD... ¿QUÉ MOTRICIDAD?

En el niño... el movimiento es todo lo que puede dar prueba de la vida psíquica y la traduce por completo, al menos hasta el momento en que aparece la palabra.

HENRI WALLON

"La importancia del movimiento en el desarrollo de la personalidad", *Psicología y educación*, Madrid, Pablo del Rio Editor, 1981.

1

¿HAY QUE ENSEÑARLES LA MOTRICIDAD A LOS BEBÉS?

A primera vista parece una pregunta bastante concluyente: la respuesta sería *sí*, si de otro modo no la aprendiera; sería *no*, si de todos modos terminaría aprendiéndola.

En efecto, parece evidente que, si alguien está convencido de que un bebé no es capaz de aprender los movimientos a menos que uno se los enseñe, no hay nada que discutir. Justamente, ésta fue la creencia, o más bien diría la evidencia desde siempre en nuestra cultura, sin que la cuestión fuera ni siquiera planteada. Vivíamos con esta convicción o, mejor dicho, nunca la pusimos en duda. Nuestros hábitos, costumbres y tradiciones, la contenían implícitamente, de manera natural.

Pero luego, la cultura evoluciona, las costumbres se disgregan, la ciencia se inmiscuye; además se conoce que en otras culturas se procede de diferente manera. Nuestra certeza implícita se resquebraja y se convierte en incertidumbre cotidiana pero igualmente implícita. Si la cuestión llega a plantearse, ya no nos sentimos tan seguros. Pero, ¿por qué habría de plantearse? Los nuevos hábitos, derivados más o menos de los viejos pero vestidos con ropa nueva, nos satisfacen: a fin de cuentas, ¡nuestros niños caminan!

Sin embargo, cuando la Dra. Pikler publicó la demostración estadística de que los bebés son absolutamente capaces de llegar por sí mismos y por su propia iniciativa a las formas adultas de la motricidad, algunos se escandalizaron: —***Eso ¿a quién le importa? ¡Si ya se sabe!***

Si es así, mucho mejor. Se trata entonces de una *convicción* que gana el derecho a salir de la clandestinidad y a hacerse explícita. Y tanto más explícita cuanto que, al ser demostrada, se transforma en *conocimiento*.

De todos modos, con este conocimiento, sólo hemos eliminado la necesidad absoluta de enseñar o de hacer hacer. Surgen aquí varias otras preguntas interesantes.

Preguntas

1) ¿Es necesario tal vez enseñarle los movimientos al bebé para que los haga mejor que si los hiciera por sí mismo? O, al menos, ¿debemos colocarlo en situaciones nuevas para que lo intente? Si no, ¿tendrá idea de cómo hacerlo? Todo esto parece lógico: nosotros somos los adultos y sabemos, él es bebé y ¿no sabe?

2) ¿Quizás debamos enseñarle los movimientos antes de que él los descubra? Hay tantas áreas en las que se nos ponderan las ventajas de la precocidad... Sin llegar al extremo de los niños prodigio, ¿cuántas veces nos han dicho que tal niño se desarrolla bien *en general*, simplemente porque ha adquirido un cierto estadio motor antes que el promedio? ¿Tal vez enseñándole lo antes posible las posturas y movimientos, estaríamos aumentando sus posibilidades futuras?...

3) Nuevos tiempos, nuevos vientos: desde que la afectividad del bebé se ha instalado en el primer plano de nuestras preocupaciones, ¿no debemos hacerle sentir que lo amamos enseñándole la motricidad, como una forma de demostrar nuestro interés por él? El niño no se desarrolla bien si uno no lo ama, si uno no se lo demuestra...

Todas estas preguntas son legítimas, pues su propósito es lograr el mejor desarrollo posible que podamos asegurarle a nuestros hijos.

Pero, ¿se nos plantean realmente estas preguntas? En las propuestas habituales, ¿se nos presentan acaso en forma explícita las ventajas e inconvenientes de las dos orientaciones? ¿Qué motricidad resultaría si se le enseñara? ¿Qué motricidad, si se le permitiera al bebé descubrirla por la *vía natural*? (Tenemos derecho a llamarla así puesto que sabemos que el niño puede aprenderla aun cuando no se la enseñemos).

Reformulemos entonces, desde esta óptica, las preguntas antes planteadas:

1) ¿Sabemos cómo sería la motricidad adquirida por él mismo para poder afirmar que lo que quisiéramos hacerle hacer sería mejor?

2) ¿Sabemos exactamente en qué aspecto, lo que le hacemos hacer en una etapa más temprana resulta más conveniente que lo que él haría más adelante por sí mismo?

3) ¿Estamos seguros de que los otros medios de que disponemos para asegurarle nuestro amor son insuficientes?

Estas preguntas, bien precisas, ¿suelen formularse con claridad? La verdad es que no. La impresión predominante es, incluso, que no existe ninguna razón para plantearlas en estos términos. No existe ninguna razón, en efecto, para suponer a priori que un fenómeno en cierto modo *salvaje* se pueda comparar con todo aquello que pensamos hacer tan bien de manera habitual o bien elaborada y hasta científica.

Hacer hacer...

¿Qué encontramos, entonces, en los diversos medios de comunicación, libros, periódicos, emisiones radiales y televisivas, métodos propuestos? Prácticamente no hay mención de que se *deba* enseñar la motricidad al niño pequeño para que la aprenda. Antes no se especificaba porque era obvio; ahora, tampoco se lo dice, pero porque es mucho menos obvio.

Entonces ¿qué es lo que se nos propone?

Observar qué hace... en tal o cual situación. El hecho de que sea el adulto quien lo ha puesto en esa posición (es decir que, en realidad, es el adulto quien le hace hacer) pasa a menudo casi desapercibido.

Se nos presenta así, por ejemplo, *la historia del bebé*: Él ya sabe participar activamente sosteniendo la cabeza cuando se lo sienta; sabe permanecer sentado durante algunos segundos —pero no lo deje en esa posición más de x segundos—; a los seis meses le encanta que lo tengan parado; se mantiene firmemente sentado, pero si se cae no tiene aún el reflejo para protegerse... A veces se nos propone colocarlo en una posición para corregir el efecto nefasto de otra, igualmente sugerida, pero quizás demasiado forzada, etcétera. En otros casos, se presenta la misma metodología para mostrarles a las madres lo que pueden esperar del bebé para disminuir supuestamente su angustia...

En algunas propuestas, la metodología está más organizada: *hay que preparar, provocar, corregir, reforzar los desempeños motores del niño*; hay que ponerlo *en situación*, brindarle oportunidades, tonificar sus músculos, corregir sus posturas, favorecer o adelantar su desempeño respecto del equilibrio. Se nos propone, por lo tanto, actuar con gran empeño en lo que le hacemos hacer.

Estimular o activar al bebé es otra preocupación de nuestra época. *Se juega* a la motricidad tomándolo de las manos, empujándolo, pero también *se le permite* descubrir el agua, un medio novedoso, nuevas sensaciones, a los 2 meses, a los 6, depende, pero sobre todo *que no sea demasiado tarde...* Algunos lo colocan boca abajo en un momento en que sólo puede levantar la cabeza con un enorme y mal organizado esfuerzo: *es para activarlo*; otros proponen sostenerlo de tal manera que deba hacer grandes esfuerzos para mantenerse: *es para fortificar un grupo muscular que más tarde le será útil*.

Tanto a través de este breve panorama como al observar a nuestro alrededor, podemos ver que la variedad de las formas de provocar movimientos considerados útiles al bebé, es amplia: desde lo más directo —estirar, empujar, llevar— hasta simplemente ponerlo en situación de hacer lo que nosotros queremos.

Mientras tanto, el hecho obvio de que el bebé necesita a su madre se traduce, al margen de los momentos antes detallados, de diversas formas de inmovilización del niño, de inactividad organizada: se lo coloca en un babysit, en un diván más sofisticado o en un sillita alta, en un cochecito que se va trasladando para tenerlo siempre con uno, en la cocina, en la sala, en casa de amigos, en los comercios o en las exposiciones. Allí solemos ver bebés de pocas semanas suspendidos en mochilas que portan los adultos... La idea en principio correcta —pero que en realidad tiene un sentido simbólico— de la necesidad de envoltura, se resuelve con almohadones o en sillones blandos, en los que el bebé se hunde y donde la única posibilidad de mantenerse activo se reduce a mirar (en una sola dirección) y, eventualmente, a mover sus dedos.

No hacer hacer, pero ¿y entonces? ¿qué hacer? La propuesta de Emmi Pikler

En efecto, la base del descubrimiento de Pikler es que cuando al bebé no se le hacen hacer movimientos determinados, pero al mismo tiempo se le aseguran condiciones para ser realmente activo desde el nacimiento, él los va a lograr por sí mismo, sin problema, recorriendo todas sus etapas de desarrollo motor.



E. Pikler en su libro dedicado a los padres plantea: *¿Por qué no dejar que el bebé se desarrolle según las leyes que le son propias? ¿No es curioso que siempre esté obligado a hacer algo diferente de aquello que quiere?* Si está de espaldas, se lo coloca boca abajo; si

está boca abajo, se lo sienta, se lo coloca de pie; si está de pie, se le hace dar varios pasos, etcétera. A posteriori, uno se desespera si el bebé no puede mantenerse bien sentado o parado. Y se lo lleva a hacer gimnasia correctiva, dos o tres horas por semana, donde deberá realizar, en forma de ejercicio, lo que se le ha impedido hacer en el pasado: jugar acostado de espaldas y luego boca abajo, en el piso firme, estirarse, reptar, trepar y todo lo demás. Si no se le hubiera impedido, si no se lo hubiera obligado a hacer otros movimientos, son éstos los que habría hecho por sí mismo, no durante unas horas sino durante meses; y no sólo eso, los hubiera hecho mejor y más criteriosamente. No le enseñemos entonces los movimientos al bebé. Brindémosle el lugar y dejémoslo hacer. ¡Qué simple sería! ¡Qué ventaja y qué felicidad también para él!

Pikler tomó en cuenta muchos otros elementos de la vida cotidiana del niño, de los que también habla en su libro: al mismo tiempo que comprometía a los adultos a no enseñarles los movimientos y las posturas a los bebés, les proponía asegurar amplias condiciones para que el niño pudiera moverse a sus anchas y progresar a su propio ritmo.

Modalidades prácticas

Lo esencial: el adulto no coloca al bebé en una postura, o no lo estimula para hacer un movimiento, si el niño aún no lo ha descubierto y experimentado durante su actividad autónoma y por su propia iniciativa (por ejemplo, el bebé se pone por sí mismo boca abajo, llegado el momento). Por otra parte, no se utiliza ningún instrumento de contención: babysit, sillitas, dindon, hamacas de bebés u otros.



Las otras condiciones que, reflexionando, no son menos esenciales y que desarrollaré más en el próximo capítulo, son:

- a) Importancia de la ropa;
- b) En el lugar de juego, donde el bebé pasa casi todo su tiempo mientras está despierto desde los tres o los cuatro meses, el suelo debe ser duro y el colchón de su cama bien firme;
- c) El niño debe disponer de espacio, siempre un poco mayor del que utiliza en ese momento;
- d) durante toda su vigilia, debe estar rodeado de una amplia cantidad y variedad de juguetes;
- e) los juguetes, el espacio y las situaciones con los que se encuentre por su actividad, no deben ser peligrosos;
- f) al trasladar al niño de un sitio a otro, debe respetarse su nivel motor.

Después de todas estas precisiones, propongo retomar por un instante la pregunta del título: ¿Hay que enseñarles la motricidad a los bebés?... sólo para completarla con otra pregunta: **Nosotros, por nuestra parte, ¿tenemos algo que aprender acerca de la motricidad de los bebés?** Tal vez, sobre todo, algunos aspectos concernientes al desarrollo de la motricidad cuando *el adulto modifica lo menos posible* su evolución natural. Posiblemente valga la pena reformular las preguntas surgidas al comienzo; puede ser que, al comparar una y otra modalidad, encontremos algunos elementos suplementarios para poder responderlas con mejores argumentos.

Pikler, en efecto, además de relevar los elementos cuantitativos (que todos los bebés tienen la capacidad de llegar por sí mismos a sentarse, pararse y caminar), destaca igualmente elementos *cualitativos*, comprobados en alrededor de tres mil niños que han sido educados de este modo a lo largo de unos cincuenta años, y que todos pueden observar en aquéllos que viven actualmente en estas condiciones:

- a) los movimientos de estos niños son más armónicos que los de aquéllos a quienes se les provocan movimientos, impidiéndoles, incluso, con frecuencia, hacer los que ellos querrían hacer;
- b) muestran más soltura durante todas sus actividades;



c) tienen mejor equilibrio, son menos torpes y más prudentes, lo que, entre otras cosas, se expresa por un menor número de caídas;

d) más aún, las condiciones básicas de esta motricidad, así como las cualidades mencionadas, les aseguran los medios necesarios para realizar una actividad motriz y lúdica tenaz, continua y rica;



e) las regularidades del proceso, observables en cada bebé, en particular la aparición de los estadios intermedios (volverse repetidamente boca abajo, rolar, reptar, gatear, posición semisentada), permiten suponer un programa genético predeterminado.



1) Podemos entonces, en principio, **aprender a percibir** y luego, **a tomar en cuenta**, estos elementos novedosos en relación con la motricidad del niño pequeño, en particular en los comienzos del desarrollo motor:

- comodidad o incomodidad;
- habilidad o torpeza;
- buen equilibrio o equilibrio precario;
- competencia, es decir, posibilidad de actuar según su nivel de deseo, o bien estar imposibilitado de ello por una postura no contro-

lada, por movimientos mal organizados o tal vez limitado por accesorios de sostén o contención.

Las nociones arriba mencionadas son difícilmente disociables. Justamente el bebé se muestra *hábil*, da la impresión de estar *cómodo* y sus movimientos se ven *armoniosos* porque él mismo asume las condiciones de su propio *equilibrio*, el que corresponde a su estadio motor y que al mismo tiempo lo define. Puede ser considerado competente a su nivel en la medida en que puede actuar, con la sensación constante de ser dueño de cada uno de sus gestos y de sentirse absolutamente seguro antes, durante y después del movimiento. El juego continuo, empeñado y atento es una consecuencia directa de ello.



2) En las condiciones de las que se habla, las **edades de adquisición** no representan un criterio de apreciación de la calidad del desarrollo: lo que es normal es **su gran diversidad** de un bebé a otro, así como los diferentes plazos que un mismo niño puede otorgarse para pasar de un estadio a otro. En realidad, el modo progresivo en que el niño va perfeccionando un mismo movimiento, una misma postura, resulta ser tan importante en la dinámica de su evolución como el pasaje de un estadio a otro. Lo que constituye la base de la apreciación es la calidad de ejecución del movimiento; su perfeccionamiento sucesivo y la complejidad del juego del niño.

3) Podemos aprender, al observarlo, que *no es muy conveniente alentar* al niño a realizar tal o cual proeza o, simplemente, mientras lleva a cabo nuevas tentativas (siempre hablando de motricidad). Si el niño está habituado a confiar en sí mismo, todos los movimientos le exigen una intensa concentración, una profunda atención a sus sensaciones, a los mensajes de su propio cuerpo y a las percepciones de lo que lo rodea. Exigirlo en ese momento, dis-

trae su atención. Por otro lado, si se lo felicita con mucho énfasis, puede que el niño recomience su actividad sólo para agradar al adulto, en tanto que, tal vez, en una intimidad respetada, habría decidido que aún es demasiado pronto y lo habría postergado para otro día o incluso para otra semana.

Sería una pena que la estimulación o las felicitaciones fueran los únicos medios a disposición para hacerle sentir el interés, o para que no creyera que pasa desapercibido. De todos modos, el halagarlo o compartir su alegría cuando él la comunica tiene que ver con el diálogo; en ese caso, uno responde con toda naturalidad.

4) *¿Limitarlos* en sus movimientos? Naturalmente, es necesario impedirles realizar todo aquello que los ponga en peligro y cuyo riesgo no pueden evaluar por su nivel de comprensión del entorno. Pero cuando no es el caso, los bebés muestran una *gran necesidad de movimiento*, cambiando de postura, por ejemplo, a un promedio de 60 veces cada media hora, como lo ha demostrado Anna Tardos — actual directora del Instituto Pikler— en una investigación, publicada en varios idiomas. ¿Por qué impedirselo entonces?

Sin embargo, es necesario evitar malentendidos: permitirle al bebé asumir las posturas, realizar los movimientos que le parezcan más criteriosos durante su actividad o al compartir con el adulto momentos de aseo o de vestido no significa dejarle hacer cualquier cosa. ¡De ninguna manera!

Lo que suele suceder es prácticamente lo contrario: si el niño y el adulto están habituados a diálogos reales y ricos, si el adulto respeta al niño en sus movimientos, en su actividad, su curiosidad y sus iniciativas, la confianza que el niño adquiere en ese adulto hace que sea capaz de escucharlo con más atención y disponibilidad cuando éste impone reglas o sugiere compromisos a asumir.

A manera de conclusión

Naturalmente no se podían sospechar estos aspectos peculiares de los movimientos de los bebés. Por lo tanto, en relación a lo que

Pikler propone, se trata de conocimientos realmente novedosos adquiridos por ella después de haber observado largamente, como pediatra, a los bebés cuando éstos pueden actuar por su iniciativa y a su ritmo.

Ahora bien, teniendo este descubrimiento aquí, a disposición, ¿qué se hace con él? A cada quien le cabe apropiárselo según lo interprete, de acuerdo a su manera de ver al niño y lo que espera de él. Pikler demuestra que cuando el niño dispone de condiciones para poder conducir él mismo su motricidad, conociendo sus propias posibilidades y límites, se manifiesta a la vez armonioso en su cuerpo y seguro en sus gestos. Esto también se puede esperar de él.

El análisis de la motricidad del bebé percibida de este modo no es en rigor de verdad un método. Aunque basada en la naturaleza, no por ello es menos cultural. Entre el inmenso reservorio de virtualidades del que todo niño dispone, Pikler adelanta algunas que se expresan como valores de nuestro tiempo: *el niño es activo desde el nacimiento, no sólo según su nivel de interés sino también según su nivel de control sobre su ambiente.*

No se trata de estar convencidos de entrada, ni en un sentido ni en el otro. Mi propósito es despertar la curiosidad en relación con nuevos conocimientos. Prestando atención a ciertos aspectos hasta aquí poco tenidos en cuenta de la vida cotidiana de los niños, cada uno puede descubrirlos por sí mismo con la observación, antes de otorgarles un lugar entre sus propios valores. Y, a partir de allí, entonces, es posible formularse nuevamente la pregunta del título, con todas las otras que han surgido luego en el transcurso de la reflexión... y aportarle las propias respuestas.

2

MOVERSE EN LIBERTAD El desarrollo y sus condiciones; lugar del adulto; desarrollo lento

En realidad, el desarrollo psicomotor infantil cubre un vastísimo campo. Aquí hablaremos de la adquisición de los grandes movimientos del bebé hasta la marcha, es decir, del período de la génesis de las posturas y los desplazamientos ulteriormente utilitarios.